

De la adaptación a la diversidad a la transformación para la igualdad

La progresión hacia la igualdad educativa y social plantea una serie de retos a la institución escolar y al educador, y una nueva relación con la actividad docente y las familias, donde el diálogo sustituye a caducos mecanismos. El proyecto educativo de las Comunidades de Aprendizaje, que se desarrolla en escuelas del País Vasco, Cataluña y Aragón, es coherente con las exigencias de la sociedad actual y permite superar viejas y nuevas formas de desigualdad

Lidia Puigvert y Ramón Flecha
Profesores de la Universidad de Barcelona

La guerra del petróleo de 1973 marca el paso de la transformación de la antigua sociedad industrial a la nueva sociedad informacional. Bilbao nos sirve de ejemplo para ejemplificar dicha evolución. Entre el Gran Bilbao de 1980, con sus Altos Hornos y astilleros, y el de 1998 con su Museo Guggenheim, se ha producido una transformación que está cambiando todo... ¿Todo? Si entramos a las aulas de 1980 y 1998, veremos básicamente lo mismo: una profesora o profesor, unos cuantos alumnos y alumnas, una pizarra.

El sistema educativo parece ejercer ciertas resistencias al cambio, que no afectan sólo a sus realizaciones prácticas, sino también a las alternativas y planificaciones que pretenden orientar su transformación. Es significativo que en el período que comentamos se hayan programado reformas que no han analizado suficientemente los cambios que se han producido con la llegada de la sociedad de la información, y que éstas hayan ignorado las actuales teorías sociales más relevantes (como el enfoque dialógico del filósofo alemán Jürgen Habermas), así como las prácticas educativas que han obtenido los mejores resultados. Por el contrario, se han basado en teorías y procedimientos descartados en diferentes lugares.

De 1973 a 1995, Europa (como Estados Unidos y Japón) emprende una carrera por agilizar la transformación hacia una sociedad informacional. La situación económica se caracterizaba por un elevado porcentaje de paro estructural y de eventualidad laboral, por lo que se optó por un modelo social al que Habermas alude como “darwinismo social”. Según éste, era necesario seleccionar a “los mejor preparados” para impulsar la sociedad informacional, mientras los “lentos y conflictivos” eran derivados a situaciones de exclusión o al salario social. Para ello, los avances de los años sesenta hacia la igualdad de oportunidades fueron sustituidos por una defensa de la diversidad que en realidad encubría en parte la legitimación de las desigualdades. En educación, esto comportó justificar que no se podía educar según los mismos itinerarios de aprendizaje a sectores tan diversos. El resultado fue que las hijas e hijos de familias académicas podían seguir la vía del Bachillerato, teniendo la oportunidad, si querían, de estudiar en la universidad, mientras que las hijas e hijos de familias con menores niveles académicos debían estudiar “lo que pudiesen o fuesen capaces”. Más aún si se trataban de personas pobres o de culturas gitana o árabe. En definitiva, la adaptación a la diversidad sirvió para legitimar los tres pasos del camino a la exclusión, que en las décadas de los ochenta y noventa tuvo su época de esplendor:

- 1) -Agrupación por ritmos de aprendizaje dentro del aula.

2) -La separación de los diferentes (“lentos”, “conflictivos”, “gitanos”) en otras aulas (por ejemplo, con las unidades de adaptaciones curriculares).

3) -La separación de los diferentes del mismo instituto trasladándoles a otros espacios como las unidades escolares externa.

Sociedad informacional

En la actualidad, la situación está cambiando. Todos los gobiernos europeos se plantean como objetivo que las personas que viven en el territorio de la Unión Europea accedan a la sociedad informacional. Este es un objetivo más igualitario que el anterior, que ha cogido desprevenido al sistema educativo, todavía centrado en programar la diversidad.

Algunas experiencias han desarrollado procedimientos que permiten avanzar en la superación del fracaso escolar y los problemas de convivencia. Por ejemplo, tenemos el Programa de Desarrollo Escolar de Yale o las Comunidades de Aprendizaje de Euskadi, Aragón y Cataluña.

Igualmente, las más relevantes teorías de las ciencias sociales permiten fundamentar estas experiencias y constituyen las bases teóricas del aprendizaje dialógico. De todo ello podemos encontrar fácilmente información a través de Internet, de las bases de datos de ciencias sociales (ERIC, Sociological abstracts), de las revistas científicas especializadas más reconocidas en el mundo (como Harvard Educational Review) o de la literatura científica más relevante (Habermas, Freire o Beck). No obstante, no todas las planificaciones parecen basarse en estas fuentes, prefiriendo intentar convencernos de sus ideas sin mencionarnos ni una sola experiencia donde sus propuestas hayan dado buenos resultados, prefiriendo continuar con las teorías que aprendieron hace muchos años y que ya no tienen validez teórica ni práctica.

Sin embargo, los mejores centros de investigación educativa del mundo dicen que la educación debe pasar de la superstición del siglo XX a la ciencia en el siglo XXI. Es decir, las prácticas educativas han de basarse en datos objetivos y no en las opiniones subjetivas de las personas. Algo parecido sucede con la medicina. Cuando acudimos al médico o a la médica esperamos que no nos recete medicamentos que la comunidad científica haya demostrado que son perjudiciales, sino aquellos que mejor curan. El médico o la médica no receta por lo que ella cree que puede funcionar, ni por lo que ha dicho una persona experta, sin más. Si aparece un nuevo medicamento más eficaz en cualquier parte del mundo, tiene la obligación y las posibilidades de conocerlo inmediatamente y de utilizarlo. De la misma forma, la educación se ha de basar en experiencias de éxito y teorías contrastadas.

La época de la adaptación a la diversidad ya ha sido superada porque se ha demostrado que las experiencias que en ella se basan, producen exclusión educativa y social y, por lo tanto, no sirven a la finalidad de la educación. Retornan los objetivos igualitarios, con una perspectiva de la igualdad que incluye el igual derecho a ser diferentes y el derecho de “los diferentes” a alcanzar la igualdad educativa y social. Es decir, la igualdad de diferencias que expresa la frase “somos iguales, somos diferentes”.

Los mejores centros de investigación educativa del mundo dicen que la educación debe pasar de la superstición del siglo XX a la ciencia en el siglo XXI

Pongamos un ejemplo. Imaginemos a un profesor con 30 alumnas y alumnos, y que siente que no puede desarrollar bien su tarea. No sólo hay estudiantes lentas y lentos, sino también personas conflictivas. Ante esta situación, recuerda su infancia, cuando era más fácil dar

clase, aunque eran cuarenta alumnos en el aula. Es posible que ese profesor o profesora considere que sería más adecuado sacar de la clase a los alumnos más conflictivos. No faltarán autoras y autores, y planificaciones, que legitimen esta demanda, desde su desconocimiento de que existen en el mundo otras alternativas para esas mismas situaciones. Así, el “que los saquen” será camuflado por “es necesario proporcionar a unos itinerarios educativos y unas adaptaciones curriculares más adaptadas a las capacidades y motivaciones de los y las estudiantes conflictivos y conflictivas”. En realidad, se estará contribuyendo a la exclusión educativa y social de muchas personas de sectores desfavorecidos.

Las segregadas y segregados son etiquetados, disminuyendo sus expectativas educativas y sociales. Un ejemplo de este proceso de exclusión es que la mayoría de quienes van a las unidades escolares externas ya no vuelven a los centros, y las pocas y pocos que lo hacen vuelven estigmatizados, con las dificultades que esto genera. El aprendizaje, tanto instrumental como de valores, depende de las interacciones, y las interacciones de los espacios segregados no son las más positivas para superar el fracaso escolar y los problemas de convivencia, sino que, por el contrario, los agravan.

La segregación es una mala solución para un problema real. Hay dos alternativas a la situación que hemos planteado anteriormente: la excluyente plantea “que los saquen del aula”; la transformadora “que vengan a ayudarme”. A nivel mundial, puede verse cómo la primera incrementa el fracaso escolar y los problemas de convivencia y, después la exclusión social y la delincuencia. La segunda alternativa colabora significativamente en la superación de todos esos problemas y, además, está basada en las principales teorías educativas y sociales actuales.

El aprendizaje cada vez depende menos de lo que ocurre en el aula y cada vez más de la correlación entre lo que ocurre en el aula, en el domicilio y en la calle

La ayuda que se solicita se traduce en una colaboración igualitaria entre todas las personas que interactúan con las alumnas y alumnos: profesorado, alumnado, familiares, personal no docente, otros y otras profesionales de la educación y lo social, entidades, asociaciones, voluntariado. Todas las niñas y niños tienen derecho a los mismos aprendizajes que quienes leemos éstas páginas estamos proporcionando a nuestras hijas e hijos. Diversos autores y autoras afirman que, para identificar los espacios de exclusión, basta con ver aquellos espacios que ni siquiera los que los proponen quieren llevar a sus hijos e hijas. Los dobles discursos programan unos aprendizajes para nuestras hijas e hijos y otros aprendizajes diferentes para las hijas e hijos de las familias pobres, gitanas o árabes. El supuesto desinterés de estos colectivos por la escuela, responde en realidad al desinterés de la escuela por su educación. Las familias saben que esto ocurre y no esperan nada decisivo de la escuela, viendo, a veces, más importante que la niña venda su primer pantalón en el mercadillo a que asista a clase, porque ven la primera actividad más vinculada a su futuro que la segunda.

Grupos interactivos

La actitud de las familias cambia radicalmente cuando constatan que las y los profesionales nos planteamos en serio el objetivo de que nuestras alumnas y alumnos puedan acceder a los mismos aprendizajes que nuestras hijas e hijos. Para conseguir aumentar los aprendizajes hay que superar prejuicios y contar con todas las personas que quieran ayudar.

Los grupos interactivos constituyen una de las formas de concretar una organización del aula alternativa a la exclusión, que no genera fracaso escolar sino que lo supera. Aquella misma clase del ejemplo anterior puede poner en práctica los grupos interactivos, organizándose en cinco grupos heterogéneos (según diferentes niveles de aprendizaje, procedencia, etc.), evitando la segregación por niveles.

En cada grupo hay un tutor o tutora adulta, que no es una profesora de su grupo, sino una persona que favorece las interacciones entre las niñas y los niños. Si un niño no sabe hacer una cosa, anima a la niña de su lado a que se lo explique. De esa forma se acelera el aprendizaje de ambas y se crea una solidaridad de base que es un punto de partida ideal para mejorar la convivencia.

Esas tutoras y tutores tienen diferentes perfiles y procedencias: profesorado, profesionales de la educación de fuera de la escuela, de lo social y de otros ámbitos, voluntariado, familiares... Esa variedad de personas enriquece la comunicación educativa y por tanto el aprendizaje. He comprobado que es posible dialogar con un niño conflictivo y lograr progresos. Pero el efecto es mayor cuando alguien como Julio Vargas, un voluntario que es hombre de respeto gitano, le dice a ese niño: "tú no eres gitano" y a la pregunta de "por qué" responde: "porque no respetas a las personas mayores".

Contratos de aprendizaje

La colaboración entre los diferentes sectores que intervienen en la escuela se explicita en un contrato de aprendizaje. Lo ideal es que tenga dos partes y sea corto (en sus primeras fases). Puede consistir en una hoja de contrato general de la comunidad firmado por las representaciones de los diferentes sectores, y otra hoja donde su contenido se concreta en cada niña o niño, firmado por su tutora o tutor familiar y escolar.

En la sociedad de la información el aprendizaje cada vez depende menos de lo que ocurre en el aula y cada vez más de la correlación entre lo que ocurre en el aula, en el domicilio y en la calle. Las familias académicas, aunque no vayan a las reuniones de la escuela, aseguran una coordinación de expectativas y coordinadas culturales con ella. Cuando las familias son menos académicas y, por tanto, también más pobres y de culturas excluidas, esa coordinación sólo es posible si existe un diálogo que dé lugar a una coordinación y compromiso concreto de colaboración, para que todas las interacciones trabajen en la misma dirección. De ahí que la concepción de las Ciencias Sociales actuales sea la comunicativa o dialógica, y el aprendizaje de esa sociedad sea el aprendizaje dialógico.

Formación de familias

La propuesta planteada implica también apoyar a la formación de las familias. En la sociedad informacional, el aprendizaje dialógico ha demostrado que el aprendizaje de las niñas y niños mejora con la formación de las personas adultas con quienes conviven en el aula, pero aún más con la formación de quienes conviven en sus domicilios. Para conseguir este objetivo planteamos rentabilizar los recursos existentes.

Hay ya muchas escuelas que tienen buenas salas de Internet (aunque su tasa de obsolescencia es muy alta), que no se utilizan muchos días del año ni muchas horas del día. Es necesario que puedan usarse unos tiempos por el alumnado, otras por los familiares y otras por las familias, es decir, la chica con su padre o su abuela o todas y todos juntos. Cuando se hace, todo mejora en la escuela y en el barrio o pueblo.

La centralidad del diálogo

Hemos planteado brevemente la necesidad de un aprendizaje basado en la centralidad del diálogo y la participación de toda la comunidad educativa, entendida en un sentido amplio. Esta puede desarrollarse en diferentes niveles de la organización y gestión del centro e incluso, como hemos visto, en el aula.

Aunque requeriría una elaboración más extensa, ha quedado claro que es necesario que la educación sea coherente con las dinámicas dialógicas que caracterizan la sociedad actual, de la información, avanzando a un modelo más social y útil, es decir, superador de la exclusión social y cultural.